

LA SALVAJE  
DELICADEZA

Amber J. Keyser

Traducción del inglés  
de Sara Cano

 Siruela

Las Tres Edades

*Para mis padres,  
que me criaron fiero*

NO TIENES QUE SER BUENA.

No tienes que atravesar cien kilómetros de desierto de rodillas en penitencia.

Solo tienes que permitir que el delicado animal que es tu cuerpo sepa lo que quiere.

MARY OLIVER, *Gansos salvajes*

# DAWN

Abro un agujero en la pared de mi habitación de un puñetazo. A través del yeso. Escamas blancas salpican la pintura azul oscuro. Arranco pósteres de jugadoras de fútbol y del parque nacional de Denali y de una manada de ballenas en las grises aguas del Ártico. Lo siento todo fuera de mi alcance. La casa me araña la piel. Si no salgo de aquí, yo...

¿Qué?

¿Moriré? ¿Explotaré? ¿Me desintegraré?

Tengo los nudillos blancos de polvo. La lengua asoma entre los labios agrietados. Mis sentidos se embeben de todo. El penetrante aroma a capilares rotos. El sabor arcilloso de la pintura de base acuosa. La reseca mancha de polvo del yeso resquebrajado de la pared. El modo en que la luz varía. O, más bien, el modo en que mi percepción de la luz varía: los azules y los verdes se intensifican, los rojos y los naranjas se atenúan, la vista cede lugar al olfato. Oigo mejor.

Así empieza siempre.

Subo la ventana lo máximo posible y paso una pierna sobre el alféizar, estirando los dedos de los pies hasta encontrar los listones de madera del techado que da sombra a los muebles del patio de abajo. El filo de la ventana se me clava en la entrepierna. Los ásperos tablones de madera me arañan la planta del pie. Apenas si noto la astilla que penetra en

mi talón. Casi estoy fuera cuando alguien llama a la puerta de mi habitación.

Mi madre.

—¿Estás bien? He oído un golpe.

Me miro el puño derecho: unas cuantas gotas de sangre se filtran a través del polvo de yeso. Quiero lamerlas.

—¿Dawn? —me dice.

Y recuerdo mi nombre.

Si no le contesto, mi madre cruzará la puerta. Me cogerá del brazo, me arrastrará de vuelta a la casa. Pero tengo que irme, así que vuelvo a entrar por la ventana e intento recuperar la voz.

—No me pasa nada.

Las palabras son más graznido que habla.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta, y sé que está pegada a la puerta cerrada, tratando de discernir cómo la ha decepcionado esta vez. Intento ignorar los aromas que me abofetean: su perfume, el fertilizante que el vecino esparce por su jardín, el perro que está marcando un árbol dos casas más abajo y, sobre todo, el fecundo almizcle que me empuja a escapar. Lo ignoro todo para poder responder como ella espera de mí.

—No pasa nada —digo—. Se me ha caído el despertador al suelo cuando he pulsado el botón de repetición. Voy a dormir un poco más.

Percibo su titubeo, y no sé cuánto tiempo más podré mantener la farsa.

—Voy al gimnasio a entrenar. Vuelvo en un par de horas, ¿vale? —dice por fin.

—Claro —respondo.

Espera un momento más en el pasillo, y luego la escucho bajar las escaleras de dos en dos, impaciente por alejarse de mí.

En cuanto escucho retumbar la puerta del garaje, avanzo por el techado del patio, trepo a lo alto de los casi dos metros de verja que separan nuestra casa de la del vecino y bajo de un salto a la blanda tierra del suelo. La urbaniza-

ción donde viven mi madre y su marido, David, está justo donde termina la periferia. Tras el césped perennemente verde, perennemente podado, al otro lado de la verja, hay un campo de trigo.

Aquí es donde me acuclillo, al borde de un mar de nuevos brotes.

El cielo es una losa gris. No llueve. Todavía. Pero estas nubes son nimboestratos, y eso significa que se avecina lluvia. Además, es marzo en Oregón. Lluvia.

En unos meses, en agosto, cuando el trigo esté ya alto y dorado, el granjero lo cosechará, y enormes nubes de gravilla y polvo del trigo recubrirán las ventanas. Mi padraastro se quejará de tener que contratar limpiaventanas. Dirá que no pagó una millonada por vivir en un campo de golf para tener que estar oliendo a diésel, en el extremo equivocado de la espiga.

Lo que en realidad quiere decir es que lo amarga vivir tan cerca de los pobres.

Al otro lado del cultivo hay una ringlera de casi cinco kilómetros de bosque. Allí no hay luz ni aunque sea de día y huele a podredumbre nocturna y hongos. A la sombra de los pinos de Oregón y las tuyas gigantes hay caravanas y casas medio derrumbadas. Lonas azules recubren tejados llenos de filtraciones. Hay un tipo que tiene lavavajillas viejos en un cochambroso trozo de pasto que le hace las veces de jardín. Una mujer hace manicuras en el porche de su casa. Durante el curso, del bosque salen niños dispersos que montan en la ruta escolar con sus abrigos raídos y sus mochilas que ya han conocido un curso.

Los niños que viven en mi urbanización los llaman comemierdas.

Pero ahí es adonde me dirijo: al bosque. Porque necesito saber qué produce ese olor. El matiz acre embota el resto de mis sentidos, me atrae. Se me nubla la vista. Regreso a mis miembros, atravieso el campo a la carrera. Hundo los pies descalzos en el suelo, reblandecido por la lluvia. Huelo las raíces del trigo retorciéndose a través de la tierra, un olor

húmedo que se entrevera con el aroma aceitoso, fétido, que estoy persiguiendo.

Al otro lado del campo, cruzo la carretera. La gravilla me araña las plantas de los pies.

Pierdo el rastro del aroma y me detengo, tratando de localizarlo.

Ahí está de nuevo: penetrante, tentador, guiándome hacia el bosque. Sucumbo y lo sigo. Atajo tras casas medio derrumbadas y una caravana que se apoya sobre ladrillos. Es vital establecer puntos de referencia. Un gallinero. Un cortacésped oxidado. Un jardín.

Me voy a quedar a oscuras.

Así empieza.

Mis sentidos se transforman. Me escuecen los músculos. Se me agarrotan las articulaciones.

Cada vez que me pasa, me despierto, pero no de un sueño, sino de algo distinto, de un lugar al que no recuerdo haber ido. La semana pasada, dos veces. Cinco en los últimos treinta días. Diecinueve en los últimos doce meses. Necesito puntos de referencia.

Sigo corriendo entre los árboles hasta llegar al límite de una propiedad privada. Está cercada por una valla de alambre. Cierro los dedos alrededor del alambre, tan fuerte que me duelen ambas manos, no solo con la que he golpeado la pared de mi cuarto. Apenas un hilo me une a la consciencia.

Inhalo el aroma a almizcle animal, a tierra húmeda, el olor acre de la orina.

El motivo de mi presencia aquí colisiona contra mi lóbulo temporal. Esta confusión es lo peor. ¿Cómo puedo mantener a mi madre y a los médicos a raya si mi orden mental se deteriora? No puedo permitir que eso suceda. A través de la observación, esclareceré mi objetivo.

La verja está combada y oxidada.

A mi izquierda, atisbo un camino de tierra, la parte delantera de la propiedad. El apellido del buzón dice Hobart. Hay carteles por todas partes.

«No pasar».

«Cuidado con el perro».

«Te tengo en mi punto de mira».

Hay un camión abollado, sin neumáticos y con el eje roto, inclinado hacia el suelo. La caravana, de una sola cruja, no tiene mucha mejor pinta. Probablemente tenga goteras cuando llueve. Sigo la verja hacia la derecha, rastreando el perímetro. Me doy cuenta de que me duelen los músculos y me pregunto cuánto habré caminado para llegar hasta aquí. Veo varios cobertizos con el techado metálico completamente inclinado. Más verjas de alambre.

Ahí es adonde necesito ir. La urgencia del anhelo consume el aire de mis pulmones.

Caigo a cuatro patas y me arrastro junto al cercado hasta encontrar una zona en la que la verja está suelta, un hueco entre ella y el suelo. Agrando la abertura lo suficiente para introducirme por ella a gatas. Hay basura por doquier. Botellas de aceite vacías, latas aplastadas, trozos de maquinaria que soy incapaz de identificar, rollos de alfombra podrida, un enorme montón de paja mohosa salpicada de excrementos de animal. El aroma de cada objeto escuece, repugna. Aun así, el trasfondo está allí, el profundo, fértil, líquido olor de... algo que no sé qué es.

Me incorporo y avanzo entre la hierba alta y húmeda hacia los cobertizos medio derrumbados. Otro cerco de verja.

Ahí es adonde necesito ir.

La atracción fétida, bestial, es demasiado potente como para resistirse a ella. Estoy ávida, y embargada de anhelo. Estoy al borde del abismo. Estoy empeorando. No puedo permitir que suceda ahora. Tengo que descubrir qué es lo que me está llamando. La información me mantendrá presente. Hechos, ciencia, cuantificación. Calculo las dimensiones de lo que, por lo que veo, es una jaula: seis metros por cuatro y medio. El suelo: tierra batida. Contenidos inanimados: un montón de paja sucia, un abrevadero, una bandeja de algo que parece pienso de perro.

Y, allí, en medio de la jaula, está el susodicho. Salvaje-



negroenorme. Vivo, respirando, en movimiento. El corazón me late violentamente contra los huesos del pecho. La adrenalina chispea en mis extremidades. Nada me había prevenido para encontrar aquí a este animal, entre un montón de mierda, desechos y escombros.

*Ursus americanus.*

El animal de la jaula es un oso negro.

Mueve la cabeza hacia a mí a cámara lenta, un movimiento planetario, gravitacional. Sus ojos, sus ojos de hembra —no sé cómo sé que es hembra, sencillamente lo sé— son pequeños, color canela, y están muy juntos. Su pelaje es de un tono que supera al negro. Su oscuridad está salpicada de caoba. Tiene el hocico dorado, de color miel en los costados, más oscuro en la zona superior. Me observa. No puedo apartar la vista de ella. Tampoco quiero. Su mirada me atrapa y me arrastra a su interior, me hace descender, atravesar la porquería de este lugar para llegar a otro. Cielo abierto, lejanía, una bandada de gansos, una extensión sin verjas, sin jaulas, sin senderos. Una naturaleza intacta lo suficientemente honda como para contener todo su ser, el mío, el nuestro.

Quiero dejarme caer en la enormidad de este animal.

Me olfatea, resopla, gruñe.

Estoy envuelta en el evocador aroma que me ha atraído hasta aquí. Me hundo en él, en este olor que tiene regusto a búsqueda de frutos secos, a un madero podrido infestado de gusanos, a salmones desovando.

Ella:

pesa ciento treinta y cinco kilos, puro músculo  
necesita territorio, dieciséis kilómetros cuadrados  
corre a cincuenta y cinco kilómetros por hora  
esperanza de vida media, dieciocho años

Yo:

peso casi sesenta y siete kilos  
mido un metro cincuenta y ocho

estoy en el segundo día de mi ciclo menstrual  
y a sesenta y cuatro días de mi decimoctavo cumpleaños

Mis márgenes comienzan a disolverse. Ansío que mi cuerpo encaje en el suyo, mudar esta piel que me aprisiona. Romper el candado. Alejarme. Pero la osa está enjaulada.

Igual que yo, en esta carne que me traiciona constantemente.